

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 10, capítulo CLXIX

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 10, capítulo CLXIX

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CLXIX

**La ola de triunfos se inicia en
Santa Isabel**

Marzo de 1866

CAPÍTULO CLXIX

LA OLA DE TRIUNFOS SE INICIA EN SANTA ISABEL

Marzo de 1866

Juárez, desde Paso del Norte, escribe el 1º de marzo al gobernador de Coahuila, Andrés Viesca, una carta llena de optimismo, pues afirma que “nuestra situación mejora cada día y ya podemos decir que ha triunfado la República Mexicana”; basa su afirmación en que una vez que Napoleón anunció al parlamento francés que retirará sus tropas de México, no le quedará más remedio que realizarlo, lo que representa la pérdida del más importante apoyo para los imperiales. También comenta la publicación de González Ortega y tiene frases muy duras sobre el general Negrete.

Los franceses al retirarse han cometido numerosas violencias en la Comarca Lagunera; las tropas que sufrieron reveses en San Juan de Guadalupe y San Carlos, al mando del Gral. Brincourt, incendiaron casas en algunos poblados y asesinaron a personas indefensas, según nota indignada de Ignacio Mejía, secretario de Guerra y Marina.

El Gral. Nicolás Régules, desde Uruapan, con gran modestia escribe al presidente Juárez, indicándole que ha recibido el nombramiento de jefe del ejército del centro y se propone organizar las fuerzas y regularizar la fuente de ingresos para sostener estos contingentes. Hace notar que no obstante que el pueblo de Michoacán ha sufrido extraordinariamente, no ha dejado de combatir; gracias a ello, a mediados de febrero, pudo derrotar al imperial Ramón Méndez, cerca de Magdalena y más tarde, en abril, capturar la población de Codallos.

Con mucho retraso, hasta principios de marzo de 1866, Juárez recibió la carta de 5 de noviembre del año anterior que le envió el Gral.

Vicente Riva Palacio, participándole el fusilamiento de los Grales. Arteaga y Salazar junto con otros jefes y un sacerdote.

Esta demora motivó que Juárez, ignorante de que los jefes militares en asamblea habían designado al Gral. Vicente Riva Palacio como jefe interino del ejército del centro, hubiera designado al Gral. Nicolás Régules para ese cargo. El Gral. Riva Palacio se sintió molesto y, aunque de momento no lo manifestó, a los pocos meses se retiró de la lucha activa, aunque después volvió y actuó destacadamente. Sin embargo, en los años posteriores, manifestó molestia y resentimiento por este incidente.

En el mes de febrero, el gobernador Viesca había logrado ocupar la plaza de Parras, pero, presionado por el imperial Máximo Campos, tuvo que abandonarla, siendo luego atacado por una columna de franceses, por lo que resolvió dirigirse a la Comarca Lagunera.

Afortunadamente el Gral. Escobedo ordenó que la división de caballería, al mando del coronel Gerónimo Treviño, se movilizara hacia Parras con el objeto de apoyar las acciones militares de Viesca. Unieron sus fuerzas y pudieron enfrentarse a la columna francesa en la hacienda de Santa Isabel.

En este capítulo se reproducen los relatos de los coroneles Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo, así como el del señor Viesca. Es notoria la congruencia en los tres documentos y, además, una franca cordialidad y espíritu de cooperación entre Viesca y Treviño.

Es sensible que, muchos años después, se estableciera una pugna entre estos jefes militares, tratando de precisar quién había sido el que directamente había ejercido el mando en la mencionada acción. Desde luego Viesca tenía mayor jerarquía, pero reconoció posteriormente que, tomando en cuenta la experiencia y conocimiento de Treviño, le había pedido que actuara como jefe de operaciones en este combate. Termina este capítulo con una dolorosa carta de Ignacio Manuel Altamirano a Juárez, después de un largo intervalo de incomunicación, consecuencia de la caída de Acapulco en manos de los imperiales. Es dolorosa, porque narra los momentos finales de los Grales. Arteaga y Salazar; descripción que ya hemos anticipado a los lectores desde el

capítulo CL.¹ También da noticias sobre las actuaciones del Gral. Porfirio Díaz en los primeros meses del año 1866 y, por último, aprueba la prórroga del mandato de Juárez.

¹ Véase en este tomo.

DOCUMENTOS

Marzo de 1866

JUÁREZ, DESBORDANDO OPTIMISMO,
FELICITA A ANDRÉS VIESCA

Villa del Paso (del Norte), marzo 1º de 1866

Sr. gobernador don Andrés S. Biseca

Mi muy estimado amigo:

El comandante don Desiderio Ochoa me entregó la carta de usted de 29 de enero último y quedo enterado con mucho sentimiento de la penosa ansiedad en que lo pusieron las noticias que habían corrido en ese rumbo, en el citado mes de enero, de que los franceses venían a esta villa y que yo había emprendido mi marcha para Piedras Negras; pero ya habrá usted sabido que todo ha sido cuento y supongo que recibiría usted después mi carta, que mandé de aquí el 13 de enero con el correo que vino de San Fernando Rosas, trayéndome la carta de usted de 8 de diciembre último. Ya sabrá usted que los franceses han abandonado otra vez —y creo que es para siempre— este estado, dejando sólo en Chihuahua una guarnición de 400 traidores, que pronto serán destruidos, pues está ya en marcha la fuerza que yo tenía aquí, con otras que ha reunido el Sr. gobernador Terrazas, para ocupar aquella ciudad. En todo este mes, emprenderé yo mi marcha para el mismo punto, desde donde tendré el gusto de escribirle, participándole mi llegada.

Nuestra situación se mejora cada día y ya podemos decir que ha triunfado la República Mexicana, porque Luis Napoleón, al ofrecer en un acto solemne a las cámaras francesas, que va a retirar sus tropas de México, no ha hecho otra cosa que decir que ha fracasado su proyecto, porque es impotente para subyugar al pueblo mexicano. Esta es la verdad, sea cual fuere la forma de que se valga para decirla. No logró

ocupar todo nuestro territorio ni destruir al gobierno de la República, que existe hoy reconocido por propios y extraños, como existía hace cuatro años. Este es un grande honor para el país y grande gloria para los que, como usted, amigo mío, sostienen y han sostenido su lucha sin abandonar a nuestra patria en sus días de solemne infortunio, yéndose voluntariamente a descansar en extranjero suelo. Napoleón cumplirá su oferta a su pesar, porque hay una nación poderosa que lo observa y a la que no podrá engañar ni hacerle la guerra.

Esta resolución de Napoleón ha infundido el pánico entre los imperialistas, que ven ya infalible su pérdida. Ni siquiera con el dinero puede ya Maximiliano alentar a sus partidarios, porque el anuncio de Napoleón, de que va a retirar sus fuerzas, ha cerrado ya fuertemente las cajas de los prestamistas que auxiliaban con su dinero al pobre archiduque. Ya comprenderá usted cuán grave es el conflicto del enemigo en estos momentos. Sólo necesitamos de otro poco de tiempo y de constancia, para ver libre a nuestra patria.

Afortunadamente hay bastante buen sentido en la nación, para no ocuparse de otra cosa que de completar la obra magna de su defensa y las pretensiones de (González) Ortega y Negrete se estrellarán, como usted dice muy bien, en el patriotismo de los pueblos. Los decretos de 8 de noviembre son acatados y sostenidos por todas las autoridades y jefes que mandan fuerzas y no hay temor de que Ortega y Negrete los engañen con palabras, por no estar acordes con los hechos y con el ejemplo de los que las profieren.

He visto la relación que me hace usted de lo que pasó entre usted y (González) Ortega. Muy acertada y digna fue la contestación que usted le dio. La derrota que sufrió no podía ser más completa. Doy a usted las gracias más expresivas por su firmeza y lealtad con que se ha conducido. En cuanto a Negrete, si este hombre recordara su vida política y militar, no se atrevería hablar de legalidad ni de lealtad. Ha sido un bien para el país que se haya unido a Ortega y que se haya constituido su principal agente. Me parece muy bien que tome usted sus precauciones para reprimir cualquier intentona de esos caballeros, para invadir el país. Llegado el caso, es preciso que sientan el brazo de la justicia.

Espero con mucha ansiedad saber el resultado de la expedición de usted sobre el Saltillo y Monterrey. Según lo que usted me dice y lo que me han informado los coroneles Rocha y Díaz, respecto de las fuerzas nuestras mandadas por Treviño y Naranjo y de las demás de ese estado, me parece indefectible nuestro triunfo sobre el enemigo. Grande, muy grande será mi satisfacción cuando sepa que está usted ya en posesión de todo el estado de su mando.

El Sr. Iglesias corresponde a usted sus finos recuerdos.

Deseo que disfrute de buena salud y me repito su amigo afectísimo que besa su mano.

Benito Juárez

DESMANES DE LOS FRANCESES EN LA LAGUNA

Ciudadano gobernador y comandante
militar del estado de Coahuila de Zaragoza
Donde se halle

El ciudadano Presidente de la República, se ha enterado de la comunicación de usted fecha 29 de enero último, en que da parte de los preparativos que ha hecho para arreglar la nueva campaña a que se refiere en la nota mencionada, así como de los eficaces auxilios con que han contribuido las poblaciones de ese estado para tal objeto. Muy complacido de las pruebas de patriotismo que usted refiere y, persuadido de la eficacia con que ha procurado equipar la expedición, me ordena que dé a usted las gracias en su nombre y le encargue que haga lo mismo con las personas que han prestado su cooperación.

También se ha enterado con indignación el ciudadano presidente, de la parte relativa a la bárbara conducta de las tropas francesas que, a consecuencia de los reveses que sufrieron en San Juan de Guadalupe y San Carlos, vinieron desde Durango, al mando del Gral. Brincourt, a incendiar las casas de los vecinos de la Laguna y a asesinar personas indefensas, entre las que se cuentan dos ancianos y un niño. Tales hechos son una prueba de los mentidos bienes de la intervención y del procedimiento inhumano y sanguinario con que los jefes franceses pretenden aterrorizar al país, ya que no pueden dominarlo.

Independencia y Libertad, Paso del Norte, marzo 6 de 1866.

(Ignacio) Mejía

NICOLÁS RÉGULES
TOMA EL MANDO DEL EJÉRCITO DEL CENTRO

Uruapan, marzo 7 de 1866

Al Sr. Benito Juárez
Presidente de los Estados Unidos Mexicanos

Señor:

En virtud de las instrucciones que recibí del gobierno, por conducto de su comisionado el Sr. Pablo Haro, fui nombrado jefe del ejército republicano del centro en 27 de febrero último. Aunque me consideraba yo insuficiente para ocupar el puesto que inmerecidamente se me confiara, lo acepté con el único fin de cumplir con mi deber hacia el supremo gobierno.

Mis primeros esfuerzos se dirigirán a organizar las fuerzas y regularizar el pago de las contribuciones, pues creo que éste es el primero de los deberes que debo cumplir, porque es general la falta de armas en el estado y son sumamente escasos todos los demás elementos de guerra. Considero muy difícil la empresa, pero estoy resuelto a comenzar con las ciudades de Guanajuato y con las poblaciones del primero y segundo distrito del Estado de México y, con tal fin, he ocurrido a muchos de los vecinos de aquellos puntos que siempre han sido fieles amigos y partidarios de la causa de la libertad. Les he excitado a que nos ayuden y creo que lo harán, pues el mayor crimen que puede cometer un republicano es inclinarse ante un tirano despreciable que con tanta facilidad podrá ser derrocado y así se los manifesté. La invitación que les dirigí encierra una especie de acusación; pero todos ellos son buenos patriotas.

Estoy seguro de que mientras la atención del enemigo está concentrada en puntos en donde ya la insurrección ha estallado, podré fácilmente levantar el estandarte de la libertad en mi distrito y sostener la defensa hasta que puedan ayudarme otros estados.

El pueblo de Michoacán ha sufrido extraordinariamente, no ha dejado de combatir al invasor, desde el momento en que profanó su territorio, haciendo uso de todos los medios que ha tenido a su alcance. Esto prueba que dicho pueblo no carece de patriotismo, aun cuando se halla rodeado de las más grandes desgracias y que con el menor auxilio muy pronto plantaría de nuevo el estandarte de la libertad en esta tierra heroica. Si el gobierno le facilita armas y recursos esto, se lo aseguro a usted, podrá lograrse dentro de dos meses.

El 20 de febrero último mí primera división y parte de la segunda, tuvieron un encuentro con el enemigo a las órdenes del traidor Ramón Méndez, que mandaba 2,500 hombres. La acción tuvo lugar en las alturas de la Magdalena cerca de esta plaza. Nuestra fuerza se componía de 1 500 hombres mal armados y equipados y sin artillería, mientras que el enemigo contaba con todos los elementos de la guerra. Perdió, sin embargo, una pieza de artillería, todo su parque, equipajes, una gran cantidad de dinero y la mitad de sus fuerzas. Nuestras pérdidas también fueron considerables. Estoy ahora reuniendo a los dispersos y recogiendo las armas, etc., que dejó el enemigo. Nos quitaron algunos prisioneros pero nosotros capturamos a un gran número de sus infantes, con buenos fusiles y bayonetas.

El 23 de abril último solicité del gobierno condecoraciones honoríficas para mis valientes jefes, oficiales y tropas que tomaron la población de Codallos, defendida por 350 belgas y 50 traidores. No era simplemente debido al hecho de que hubieran tomado la citada plaza por lo que yo pedía ese premio honroso a su bizarría, sino por las circunstancias excepcionales en que tuvo lugar la acción. Mis fuerzas caminaron 60 leguas desde el 8 de abril hasta el 11 del mismo mes para atacar Codallos, haciéndolo a las seis de la mañana del mismo día 11. Luchamos seis horas y agotamos todo el parque no habiendo quedado ni un solo cartucho, pero mis bravos soldados cargaron a la bayoneta

ganando una victoria completa. Los jefes y oficiales que sucumbieron en aquella acción merecen ser atendidos por el gobierno y enviaré una lista de sus nombres y rangos al ministerio respectivo a fin de que no se les olvide.

Si el gobierno tuviere a bien conceder a mis soldados el premio que solicito, espero se servirá usted comunicarme sus órdenes sobre el particular, aceptando mi más sincera gratitud con las protestas de mi respeto y consideración.

Nicolás Régules

JUÁREZ ESCRIBE AMISTOSAMENTE A RIVA PALACIO

Villa del Paso (del Norte), marzo 9 de 1866

Sr. Gral. don Vicente Riva Palacio

Mi querido amigo:

Por el correo de la semana anterior recibí la carta de usted de 5 de noviembre en que me participa de la desgraciada muerte de los ilustres patriotas Grales. don José María Arteaga y don Carlos Salazar y los coroneles Villagómez y Díaz y un sacerdote sorprendidos y hechos prisioneros el día 13, de octubre próximo pasado y vilmente asesinados el 21 del mismo mes de orden de Maximiliano y de acuerdo, naturalmente, con sus cómplices, los degradados mexicanos que le sirven de ministros. Ya comprenderá usted el profundo pesar que nos ha causado esta desgracia porque las víctimas eran inocentes, defendían su patria y no los deshonoraban los crímenes que les imputan sus verdugos.

Hizo usted bien en reasumir el mando mientras el gobierno disponía lo conveniente, supuesto que era usted el jefe más caracterizado que había, con la circunstancia de que era de acuerdo con los demás jefes del ejército.

Supongo que a la fecha estará ya encargado del mando el Sr. Gral. don Nicolás Régules, pues, cuando en noviembre llegó a mi noticia el suceso desgraciado del día 13 de octubre, lo nombré desde luego general en jefe y se le remitieron por triplicado y por conducto seguro las órdenes respectivas.

Sin embargo, si el Sr. Régules, por imposibilidad física o por ausencia, no se hubiere recibido del mando debe usted continuar con él, entretanto, con el aviso de usted, el gobierno disponga lo que convenga.

Lo que importa es que se conserve la unidad de mando con el ejército y que la administración pública en esos estados no se paralice por falta de jefe autorizado competentemente.

Por el correo que llegó anoche de Nueva York, he sabido que arribaron allí dos comisionados de usted y que se proponían venir al punto de la residencia del gobierno. Espero su llegada para saber el objeto de su comisión.

Las fuerzas que salieron de aquí el día 4 del corriente, ocuparán a Chihuahua dentro de ocho, o diez días. Sólo existen allí 400 traidores cuya derrota es indefectible si intentaren resistir. A fines de este mes estaré en aquella ciudad, de donde continuaré escribiendo a usted por el interior, lo que no será ya tan difícil.

No vino la comunicación oficial a que se refiere usted en su carta citada. Tal vez la traigan los comisionados.

Memorias a los amigos que acompañan a usted y ordene lo que guste al que afectísimo b. s. m.

Benito Juárez

TRIUNFO DE SANTA ISABEL

Ciudadano gobernador y comandante militar
del estado de Coahuila de Zaragoza.
Presente

Coronel en Jefe:

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que, en cumplimiento de las órdenes que recibí en ciudad Linares del Gral. en jefe ciudadano Mariano Escobedo, emprendí mi marcha de Villaldama con la 1ª división de caballería compuesta de 800 caballos, con dirección a la villa de Parras y con objeto de reforzar el movimiento que usted debía efectuar sobre el mismo punto, para batir al traidor Máximo Campos, que a la vez ocupaba aquella plaza.

En el camino fui enterado de los acontecimientos habidos entre las fuerzas del digno mando de usted y las del traidor Campos y que, a consecuencia de estos sucesos, se dirigía de la plaza del Saltillo una columna de franceses en número de 200 hombres poco más o menos. Desde luego concebí la idea de batirlos en el tránsito, pero, en la hacienda de los Cabos, fui informado de que éstos habían llegado ya a Pairas y, según parecía, trataban de defenderse en unión de las fuerzas de Campos, que también se encontraba en aquella villa.

En este mismo punto recibí un enviado de usted y esto me impuso más de cerca de todo lo que había ocurrido, por lo que me resolví a avanzar sobre aquella plaza conforme al plan de operaciones que, de acuerdo con usted, me había propuesto seguir.

Ayer hice jornada en esta hacienda, permaneciendo hasta la llegada de la brigada de Coahuila, que la efectuó el mismo día en la noche,

tomando posiciones en el mismo orden que las había tomado la fuerza de mi mando hacía pocas horas.

En este estado permanecí hasta las tres de la mañana, en que tuve noticia de que una columna del enemigo, compuesta de las tres armas, en número de 450 traidores y 215 franceses de infantería, en su tránsito hacían algunas escaramuzas que no me llamaron la atención, hasta que nuevos avisos me hicieron comprender que hacía un movimiento serio sobre nuestras posiciones. En efecto, desde luego dispuse arreglar todas nuestras columnas y prepararlas para la defensa, en los momentos en que las fuerzas del enemigo se hacían sentir ya sobre nuestro campamento; todo quedó, por fin, dispuesto en el acto y el enemigo avanzó sobre nuestra línea con la mayor intrepidez. Desde luego fue recibido por los fuegos del escuadrón de Monclova al mando del teniente coronel ciudadano Ildefonso Fuentes y por algunos otros tiradores de caballería del cuerpo legión del norte.

El combate se generalizó y el enemigo dirigió un fuerte ataque sobre el ángulo izquierdo de nuestra línea, pretendiendo flanquear por la izquierda con su caballería, al mismo tiempo que otra columna de infantería se dirigía hacia nuestra derecha. El ataque principal fue contestado bizarramente por la brigada del bravo coronel Naranjo y por parte de la brigada de Coahuila.

En esos momentos mandé cargar a las columnas de caballería, mandadas por los ciudadanos teniente coronel comandante Joaquín Garza Leal, del cuerpo legión del norte, teniente coronel de lanceros de la guardia supremos poderes, Pablo Gómez y teniente coronel Emiliano Laing, de lanceros de Coahuila, al mismo tiempo que otras dos columnas de a pie, mandadas por los pundonorosos ciudadanos coronel Salvador Fernández de la Cavada, del cuerpo de tiradores y teniente coronel Ruperto Martínez, de Rifleros de Nuevo León, a quienes acompañaba el mayor general ciudadano coronel Pedro A. Gómez, flanqueaban al enemigo por su izquierda. Con este movimiento se vio obligado a retirarse, abandonando su intento, no sin disputar palmo a palmo el terreno que había conquistado. Nuestras tropas, sin embargo, lo persiguieron tenazmente, hasta que, por fin, perdidas sus dos terceras

partes, el resto se rindió a discreción y el campo, cubierto de cadáveres, caballos y demás pertrechos de guerra, entre ellos una pieza de montaña, quedó en nuestro poder.

Por demás me parece encomiar a usted, ciudadano gobernador, la conducta que en esta gloriosa jornada han observado los jefes, oficiales y tropa que concurrieron a ella; pues usted mismo fue testigo presencial de su buen comportamiento.

Acompaño también a usted relación de los muertos, heridos y prisioneros del enemigo, así como de las armas y demás pertrechos de guerra que éste perdió en el campo de batalla haciéndolo también con la de los muertos y heridos que por nuestra parte tuvimos que lamentar.

Con tal motivo, protesto a usted mi distinguida consideración y respeto.

Independencia, Libertad y Reforma, Hacienda de Santa Isabel,
marzo 1º de 1866.

Gerónimo Treviño

EL CORONEL NARANJO
RELATA EL COMBATE DE SANTA ISABEL

Cuatro Ciénegas, marzo 10 de 1866

Ciudadano Presidente de la República,
Benito Juárez

Señor de mi respeto y aprecio:

Por orden del ciudadano Gral. Escobedo, nos reunimos en Villaldama la 1ª y 2ª brigada de caballería de Nuevo León, tomando el mando de la división mi amigo el ciudadano comandante Gerónimo Treviño, quedando yo como segundo de ella, a fin de operar sobre la plaza del Saltillo y Parras y evitar de ese modo las combinaciones de Jeanningros, que parece intentaba un golpe sobre el Gral. Escobedo que se hallaba en Linares, o una salida para Matamoros.

El día 18 del mes próximo pasado, emprendimos una marcha rápida sobre el flanco izquierdo del Saltillo, aproximándonos sin ser sentidos hasta una jornada de aquella ciudad; pero sabedores de que se había desprendido hasta Parras una columna de 250 franceses de infantería, resolvimos cortarla y batirla a la mayor brevedad.

Antes de llegar a Parras supimos de una manera positiva, que el Sr. Viesca se había visto obligado a abandonar aquella plaza, que había ocupado y defendido valientemente hacía pocos días y que a su vez la habían ocupado el traidor Máximo Campos, con 500 traidores y la mencionada columna francesa procedente del Saltillo.

Sin embargo, continuamos la marcha y llegamos el día 28 a la hacienda de Santa Isabel, distante tres leguas de Parras. El enemigo se apercibió de nuestra llegada y nosotros, por nuestra parte, tomamos

posiciones en rededor de un cerrito de poca elevación que se levanta a la derecha de la casa de la hacienda, para pernoctar y rechazar, en caso necesario, toda tentativa del enemigo; éste, incitado por el traidor Campos, se decidió venir a atacarnos a nuestras posiciones. Se sabe, por los prisioneros franceses, que otro traidor les aseguraba que la fuerza que allí se hallaba, era la misma del gobernador Viesca que había ocupado y desocupado a Parras y que en esta creencia fue como vinieron a atacarnos.

Vino el día 1º de marzo y con él la victoria para nuestras armas y un día más de gloria para nuestro querido México.

Serían las cuatro y media de la mañana cuando los primeros tiros de nuestros puntos avanzados anunciaba que la columna enemiga avanzaba sobre nuestras posiciones; 15 minutos después el fuego de su línea de tiradores se hacía sentir sobre la izquierda de nuestra línea; bien pronto el enemigo, formado en dos columnas de infantería y caballería, se lanzó sobre nosotros a paso veloz con intrepidez y decisión, cargando la bayoneta sobre mi brigada que, cambiado de frente, formaba el centro de la línea; toda su intrepidez y todo su valor fueron inútiles, estrellándose contra el valor y sangre fría de los indomables fronterizos; sus bayonetas fueron a cruzarse con las de mis modestos soldados y, al encontrarse con una resistencia que no esperaban, vacilan y retroceden en el momento mismo en que nuestra caballería carga y acuchilla a su paso a la columna traidora, poniéndola en completa fuga; la columna francesa rechazada, con un valor digno de mejor causa, luchando cuerpo a cuerpo y a la bayoneta, logra aún formarse en cuadro a distancia de 100 metros del lugar donde había sido rechazada, pero todo en vano; cercada y acuchillada ya por todas partes, cae toda entera o muerta o prisionera y nuestros soldados elevan, en un viva general, a la independencia nacional y al supremo gobierno, el canto de victoria. Por el parte que se rinde a usted, se informará de las pérdidas del enemigo y las nuestras; yo me cuento entre los heridos, mas aún cuando la herida fue severa, ya estoy muy aliviado y pronto estaré apto para continuar la campaña.

Sin más por ahora, que se conserve usted bueno, son los deseos de su servidor.

Francisco Naranjo

Aumento:

Tal vez le parecerá a usted extraño cuando digo que mis soldados rechazaron a los franceses a la bayoneta, mas no le parecerá así cuando sepa que uno de mis cuerpos está armado con rifle de Enfield de bayoneta, constituyéndose así en un cuerpo de infantería montada.

VIESCA INFORMA SOBRE LA BATALLA DE SANTA ISABEL

Ciudadano general ministro
de la Guerra.
Donde se halle

Después del parte detallado que tuve el honor de dirigir a ese ministerio con fecha 18 del próximo pasado, tengo la satisfacción de rendir a usted cuenta de un segundo y completo triunfo que obtuvieron nuestras armas el día 1º del corriente y de las últimas operaciones emprendidas por la brigada de mi mando, reunida a la división de caballería del cuerpo de ejército del norte, a las órdenes del ameritado y entendido coronel ciudadano Gerónimo Treviño.

Evacuada por mí la plaza de Parras, al echárseme encima una columna de franceses que la ocupó el 16 de febrero último, me dirigí a la Laguna con objeto de concluir con los restos destrozados del traidor Máximo Campos y para evitar que se concertase con los franceses. No pude lograr este doble fin, porque los traidores verificaron su fuga con bastante rapidez, dando una vuelta de más de 100 leguas por las fronteras de Durango y Zacatecas y volviendo por último a Parras, donde se reunieron a la fuerza francesa.

Me limité, en consecuencia, a permanecer en observación de Parras, al mismo tiempo que se me aproximaron de Durango y Chihuahua dos columnas también de franceses, formando un total de 800 o 900 hombres. Continué, sin embargo, en mis posiciones dispuesto a hostilizar al enemigo, hasta el día 27 de febrero que recibí comunicaciones de los coroneles ciudadanos Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo, en que me avisaban su aproximación a Parras con la división de caballería para que obrásemos en combinación.

Desde luego me puse en movimiento, dividiendo la brigada en dos columnas, para que por distintos caminos avanzasen a las goteras de Parras, donde debíamos unirnos con la división de caballería. Así se verificó, en efecto, por la primera columna la madrugada del 1º del corriente, tomando posiciones en el campamento que ocupaba en Santa Isabel la fuerza del ciudadano coronel Treviño, a tres leguas de la plaza, después de una marcha de 30 leguas sin descanso.

Dos horas después de hallarnos en el campamento, empezaron a oírse los tiros que sostenían nuestras avanzadas con el enemigo. Al principio creí que no pasarían de fuegos parciales de las avanzadas, pero a poco se recibió parte formal de que una fuerte columna enemiga se lanzaba sobre nuestras posiciones. En el acto acordé la resistencia con el ciudadano coronel Treviño y muy pronto tuve el gusto de ver que estábamos listos para el combate. Entretanto, nuestra fuerza avanzaba, compuesta de 40 hombres al mando del bizarro teniente coronel, comandante de escuadrón ciudadano Joaquín Garza Leal, resistía denodadamente el empuje de 215 franceses y más de 400 traidores, sosteniendo en retirada para nuestro campo un fuego bastante vivo por más de hora y media, con el mayor orden, regularidad y bizarría.

Replegada a nuestras posiciones la fuerza del ciudadano teniente coronel graduado, comandante Garza Leal, sin pérdidas de ninguna clase, emprendió el enemigo un ataque brusco y obstinado, con dos columnas de infantería, sobre nuestro centro y por el ángulo izquierdo de la posición, lanzando a la vez una tercera columna de caballería, con el designio de doblar nuestra retaguardia. El combate quedó empeñado inmediatamente y nuestros bravos opusieron una resistencia vigorosa, logrando rechazar casi simultáneamente las columnas enemigas y ponerlas en vergonzosa fuga, dejando el campo sembrado de muertos y heridos, abandonando sus trenes y quedando prisioneros el resto de los franceses y considerable número de traidores, en la persecución tenaz que les hicieron los cuerpos legión del norte, supremos poderes y lanceros de Parras, como se servirá usted ver por el parte que adjunto del ciudadano coronel Treviño. También incluyo una relación de las muy insignificantes pero sensibles pérdidas que tuvimos, lo mismo que de

las grandes experimentadas por el enemigo, juntamente con una lista nominal de los prisioneros franceses que se hallan en nuestros poder.

El triunfo de nuestras armas no pudo ser más completo en esta gloriosa jornada y me es muy grato felicitar al ciudadano Presidente de la República, por el respetable conducto de usted, por la benéfica influencia que este brillante suceso ejercerá inconcusamente sobre nuestras operaciones futuras.

El comportamiento, en general, de todos los ciudadanos jefes, oficiales y tropa que concurrieron al hecho de armas que me ocupa, ha sido el que debía esperarse de los valientes, sufridos y leales mexicanos, que combaten por el decoro y libertades de la patria. Todos han cumplido con su deber; todos han compartido las fatigas con abnegación y el peligro con serenidad y en todos brillaba la fe del triunfo, arrancando a la victoria un laurel inmarcesible y al enemigo la triste confesión de su derrota.

No me detendré, por tanto, en hacer recomendaciones especiales, cuando todos estos bravos se han hecho acreedores a la consideración del supremo gobierno, mereciendo bien de la patria. Pero no puedo dispensarme de rendir un homenaje a la serenidad y pericia del digno coronel ciudadano Gerónimo Treviño, lo mismo que a la impetuosidad y brío del ciudadano coronel Francisco Naranjo y teniente coronel Antonio Pérez Villarreal, en la carga a la bayoneta con que intimidaron al enemigo, momento antes de su fuga y cuando, al paso de carga y lleno de osadía, había trepado a más de la mitad del cerro que defendíamos, donde quedaron algunos de sus muertos al pie de nuestros soldados.

Todo lo que me honro de comunicar a usted para conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

Independencia y Libertad, Cuatro Ciénegas, marzo 9 de 1866.

Andrés S. Viesca

ALTAMIRANO
NARRA EL SACRIFICIO DE ARTEAGA Y SALAZAR

La Providencia, marzo 12 de 1866

Sr. presidente don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Mi respetable amigo y señor:

Hace algunos meses que no escribo a usted y esto depende de que habiéndose cerrado para nosotros Acapulco, nuestra correspondencia sale difícilmente de ese puerto para el extranjero. Sin embargo sé que la que despachan a usted los Grales. Álvarez le llega y por eso cierro mi paréntesis de silencio, suplicando a usted me lo excuse, en gracia de que más lo he sentido yo que querría no interrumpir un solo mes nuestras relaciones.

Hasta los días últimos de diciembre, recibí su grata de 3 de noviembre o bien en los primeros de enero. Antes había recibido las de agosto 31, septiembre 29, octubre 13; a más una de julio 27, que ya contesté cuando estaba con nosotros nuestro amigo el Gral. Díaz.

He dicho al Gral. Leyva lo que usted me encarga en la primera. No pude hacer lo mismo con el malogrado Gral. Salazar, pues menos de un mes después de que usted escribía la segunda, era asesinado en Uruapan. ¡Cómo hubiera estrechado contra su corazón la carta en que yo le hubiera transcrito las hermosas palabras de usted hacia él! ¡Cómo habría endulzado eso, aquella alma acibarada por los disgustos! Pero en fin, por un destino fatal, el hombre no menos infortunado al par que ilustre con quien había estado en agrias relaciones, murió en su compañía y el martirio por la patria unió así a dos hombres, que no debieron estar

separados jamás. Sé por testigos oculares que Salazar murió hermosamente. Habló en favor de la república y contra el imperio, prediciendo su próxima ruina y victoreó a la república hasta el momento de hacerle fuego.

La muerte del Sr. Arteaga fue digna y, ¡cosa que conmueve!, por estar achacoso y extremadamente obeso, salió al cadalso apoyado en el brazo de Salazar, que no le dejó sino cuando fue preciso para morir.

Los últimos momentos de ambos y de sus compañeros de sacrificios fueron admirables de grandeza y eso que la brutal ferocidad de los traidores trató de amargarlos con una burla sangrienta. Les pusieron en la puerta de su prisión por varias noches, músicos que no tocaron más que piezas chinacas. Estos hombres llevan su venganza hasta la afeminación. Cuento a usted estos detalles porque probablemente no los sabrá. Yo pregunto todo para escribir.

Acababa de irse Díaz de aquí, cuando supimos esta horrible noticia, que sin embargo nos hizo estremecer de ira, pero no de desaliento.

Díaz obtuvo desde luego un triunfo sobre Vizoso, cerca de Tlapa. Una columna austriaca que llegó aquí no le aguardó y así ha estado en unión de Leyva hasta últimas fechas. Hemos estado en correspondencia. El 25 del próximo pasado, por una verdadera desgracia, estando él con su fuerza y la de López Orozco en un punto llamado Lo de Soto, cerca de Ometepec, el enemigo, en número de 550 infantes y dos piezas de montaña, cayó repentinamente y los sorprendió. La cosa pudo haber sido grave, porque el objeto del enemigo era coger a Díaz y a Leyva y se dirigieron luego a su casa y la rodearon; pero ya ellos estaban fuera y reunían a sus soldados que repuestos pudieron rechazar al enemigo y evitar mayor mal. Se perdió muy poco en material, pero hubo una pérdida terrible y fue la muerte del virtuoso y amable joven Manuel Aburto, tan querido de Guillermo Prieto y que acababa de llegar de su prisión en el extranjero. Le cogieron por una casualidad, al dirigirse como los demás a donde estaba la tropa y le llevaron junto a un arroyo que se llama Panamá donde le dieron una muerte atroz; pero murió victoreando la república. Tiene en México una esposa y dos niños. Yo he

dispuesto adoptar a éstos y aumentar así, mi ya numerosa familia; pero satisfago una deuda de cariño a aquel amigo tan querido. Era teniente coronel.

Acaba de llegar por aquí el nombramiento de Régules, de general en jefe del ejército del centro. Hasta ahora ha funcionado como tal Vicente Riva Palacio y con acierto; pero creo que, modesto como su abuelo,² entregará el mando sin dilación.

El coronel Pérez Milícua pasó por aquí y me encarga salude a usted. Fue canjeado por los belgas, pues cayó prisionero con Arteaga. Hice a usted una indicación en favor de este viejo valiente y ameritado. Le recomendé a Porfirio y le ha nombrado su jefe de estado mayor.

Llegó la lista de jefes y oficiales ascendidos a propuesta mía. Mil gracias, señor, en su nombre y en el mío.

Ha hecho usted bien, muy bien, a nuestro juicio, en haber decretado su permanencia en el alto puesto en que ha sabido defender los derechos de la patria. Este era el deseo del gran partido republicano. Aquí, con ese respecto, la opinión es uniforme, sin una sola excepción. Yo creo que en todas partes será lo mismo y que ya que la Constitución tenía ese gran vacío y que el Sr. Gral. (González) Ortega no se ha conducido como su alto destino lo exigía, el patriotismo de los hombres que aman a México y la abnegación de usted, lo hayan decidido todo.

Esté usted seguro: ni la historia hará a usted de esto un reproche, ni la conciencia más susceptible en cuanto a legalidad se alarmará un solo instante. A este propósito diré a usted que ha sido singularmente triste, para los que sólo deseamos la salvación de México, la miserable conducta del mal aconsejado don Manuel Ruiz. ¡Qué cosas están pasando! Yo no hubiera creído que Ruiz fuese capaz de someterse al imperio; por su liberalismo cacareado y por su amistad hacia usted. Le había conocido siempre y, a fe que tuvimos por ello frecuentes reyertas parlamentarias, como uno de los doctores más exaltados de la ley. Ponía él mucho afán siempre en esas nimiedades de interpretación legal y era tan exaltado en esa parte como un viejo rabino en la interpretación de las

² El insurgente Vicente Guerrero.

escrituras. Era, comentando la constitución, tan estérilmente prolijo, como un bizantino y los jóvenes revolucionarios le desesperábamos. Pero al menos entonces estaba en buen terreno y si era difuso, no era absurdo. Pero hoy su nota al ministro es un modelo de disparates inesperados, porque a nadie (se) le había ocurrido zanjar las dificultades de falta de presidente, de la manera que él lo hizo. Y todavía acometido de una especie de vértigo, apartado que fue de la silla, creyó que lo más propio para un hombre que se creyó digno de ser presidente era presentarse al imperio. ¡Pues soberbio temple de alma el del presunto presidente!

Debe usted sufrir mucho. La depuración va llegando hasta el círculo de sus amigos íntimos. Ayer Dublán, hoy Ruiz. Más vale.

Estamos al tanto de lo que pasa en los Estados Unidos con respecto a nosotros. Aquí seguimos lo mismo. Acapulco es un lazareto; Pero no lo desocupan.

A la carta de usted de 13 de octubre se dignó adjuntarnos, a Carrión y a mí, nuestros despachos de coronel que recibimos con profundo reconocimiento, tanto mayor, cuanto que nada merecemos, al menos yo, pues Carrión ciertamente ha hecho cuanto podía, sufriendo las penalidades y sofocando en su corazón el amor de su familia que está en México en la miseria, sin recibir nada de él, pues veces hay en que sólo recibe aquí diez pesos mensuales. Se ha acostumbrado a comer el totopo, que es el maná del país.

Yo era ya coronel de guardia nacional, nombramiento que me dio este gobierno, cuando el sitio de Puebla, al que iba yo a encerrarme con Pinzón; pero llegué tarde; después de la toma de San Javier y me quedé en el Congreso. Después he servido aquí en lo que me ha sido posible, teniendo el sentimiento de no concurrir a la única acción que se ha dado en esta época, que es la de Chilapa, por haber estado a la sazón en la Costa Grande e imposibilitado de salvar la larga distancia que me separaba del lugar de la guerra rápidamente como hubiera sido necesario. Ni supe cuando el Gral. Álvarez se dirigía a aquella plaza por haber ido a sofocar primero la revolución de Costa Chica. No he estado en servicio militar, ni lo estoy; pero no dudé usted de que cumpliré con mi deber, llegado el caso, como he cumplido otras veces en que he tomado parte en

la campaña, como voluntario desde la guerra de reforma. Me agrada la carrera militar a pesar de que no he sido educado en ella y sólo me agrada defendiendo la libertad. Por ninguna esperanza haría yo una profesión de esta carrera, pues tengo la mía, a. la que he sacrificado once años de estudio y de trabajos.

Me conmueve lo que me dice usted acerca de mi pobre brindis de Acapulco. Nada tiene usted que agradecerme. Eso era justo y aun nos quedamos cortos por falta de talento y de elocuencia. Los que me oían, lloraron al oír el nombre de usted. No son flores, señor, son el justo homenaje que rinden pechos mexicanos al hombre que lleva en su alma todos los dolores de la patria.

Concluyo deseando a usted la mejor salud y quedando, como siempre, su leal y afectísimo amigo

Ignacio M. Altamirano